Se podría pensar que escribir sobre lo ocurrido estaría un poco fuera de lugar, que no vendría a cuento en nuestros espacios. Pero remueve mucho por dentro y sobre todo constata lo igual que sigue todo por fuera. Se refieren estas palabras a los casos de agresiones sexuales que han tenido lugar en el estado español en las últimas semanas. Algunos medios de información se apresuraron en calificarlos de “oleada” en un primer momento para enseguida centrarse en el dictamen judicial y político de uno de ellos sobre las falsas denuncias -esto es, supuestas denuncias falsas de mujeres que han dicho haber sido agredidas por hombres-. Los medios y el consiguiente debate en los espacios públicos, con el sensacionalismo y los juicios paralelos que les son propios, hicieron su contribución, pasaron de página y se quedaron tan anchos.

No se trata de asustarse o asombrarse ante lo que el discurso patriarcal dice sobre las agresiones sexuales, los supuestos agresores y las supuestas personas agredidas, si no de cuestionar hasta qué punto tenemos interiorizado ese discurso. Porque de cómo gestionamos sucesos similares en nuestro cotidiano no se dirá nada aquí, pero no resulta muy complicado hacer comparaciones entre lo ocurrido, tomemos por ejemplo, en Málaga, y nuestras propias experiencias.

Lo de Málaga ha sido un caso, por más que deje estupefacta, de manual, del manual de lo que ha sido llamado “la cultura de la violación”.

La información inicial y “oficial” hablaba de una agresión de cinco chicos a una chica cuando ella salía de trabajar la madrugada de un domingo del recinto ferial de la ciudad. Es necesario aclarar que por oficial se refiere aquí a la versión de las instituciones malagueñas, muy preocupadas desde el inicio por que no se confundiese el tema de la “seguridad ciudadana” en la feria con las agresiones a mujeres, asuntillo de lo más común según se puede interpretar de las declaraciones del alcalde de la ciudad. El mismo día de la agresión, se detiene y pasa a disposición judicial a los chicos que la chica reconoce como sus agresores. El martes, dos días después, quedan en libertad con cargos, imputados por violación y robo con violencia puesto que la chica dice que también le robaron el bolso y el móvil. En todo el asunto, hay un dato cuanto menos anecdótico y es que las fuentes oficiales aseguraron desde el primer momento, reproduciendo el relato de la chica, que la agresión había sido grabada con un móvil por uno de los supuestos agresores. Lo que se supone es una prueba fehaciente de la agresión se pasa de bando porque resulta que es la visualización de ese vídeo, junto a las supuestas incoherencias entre los relatos de chica, chichos y testigos las que hacen concluir a la jueza y al fiscal, tan sólo tres días después en lo que es velocidad de vértigo en una instrucción judicial, que fuese lo que fuese lo que había ocurrido esa madrugada, había sido consentido.

Llega después de esa versión inicial y oficial el testimonio de tres de los supuestos agresores en un programa de televisión el miércoles y la aclamación y el respaldo populares a los chicos cuyas vidas, según vecinos de su barrio, “habrían podido quedarse truncadas para siempre”. La chica, tras el dictamen judicial, se puede enfrentar a una acusación de denuncia falsa. Pasando por alto el supuesto y partiendo de que la persona agredida es la chica, se ve en la perversa situación de tener que enfrentar no sólo el haber sido violada, sino también en tener que demostrarlo. Violaciones y agresiones sexuales a mujeres vienen siendo el ejemplo perfecto en el que el discurso patriarcal espeta antes que nada la presunción de inocencia del agresor o los agresores y deja a lo que para aquél sería la víctima el escollo de demostrar que ha sido agredida. Y claro, el manual sólo da puntos a la credibilidad si el cuerpo tiene las marcas que aquél considera propias de una violación, a saber: desgarro vaginal o anal, moratones, golpes, cuchilladas, arañazos, signos de defensa… Aunque ni así está una segura del juicio al que se le va a someter, porque a una mujer que ha sido agredida se la juzga, y mucho: que si miente o dice la verdad; que si dejó claro que no quería nada de nada o si llegó demasiado lejos con el tonteo; que si se defendió mucho o se dejó hacer, no será que en el fondo quería… que si es esto o si es lo otro…

Tal como indican los pasos del manual de la cultura de la violación, luego habla algún asqueroso de turno, en este caso, toma la palabra Javier León de la Riva, alcalde de Valladolid, y suelta, en referencia a los hechos ocurridos en Málaga, lo siguiente: “piensa que entras en un ascensor y hay una chica con ganas de buscarte las vueltas, se mete contigo, se arranca el sujetador o la falda y sale dando gritos diciendo que le has intentado agredir. Ojo con ese tema".  Y lo suelta no en una de las casetas de la feria de Málaga hasta arriba de rebujito, sino en declaraciones en una emisora de radio. Otro que se queda tan ancho.

Le toca después el turno al gobierno. Algo tenían que hacer y aparecen en escena colgando en una de la página web del ministerio del interior las recomendaciones para “la prevención violación” redactadas, se conoce, hace años, cuando todavía no simulaban creerse que la violencia machista era una cuestión política. Claro que como no se lo creen y no entienden un carajo de qué va la movida, meten la pata hasta el fondo y dicen barbaridades del tipo: que una mujer debería "no pasear por descampados ni calles solitarias, sobre todo de noche, ni sola ni acompañada", "evitar hacer auto-stop" o considerar la posibilidad de adquirir un silbato" para "ahuyentar a los delincuentes". Por las noches recomienda "evitar las paradas solitarias de autobuses y, si el autobús no está muy concurrido, deberá sentarse cerca del conductor"; evitar "permanecer de noche en un vehículo estacionado en descampados, parques, extrarradios” así como "procurar cambiar su itinerario" si se ve obligada a transitar habitualmente por zonas oscuras y solitarias. A la hora de subir a su casa, recomiendan "evitar entrar en el ascensor cuando esté ocupado por un extraño, especialmente en edificios de apartamentos", al tiempo que recomiendan que, para protegerse, se coloquen cerca del pulsador de alarma. Menuda confusión con lo del ascensor, no se sabe si tenemos que cagarnos de miedo si subimos con un desconocido o si meternos en el papel de buscarruinas de degenerados como el alcalde de Valladolid. Los del ministerio meten la pata hasta el fondo, y tanto, pero también traen a escena el miedo y la rabia que nos recorren la médula a fuerza de discurso, sí, pero también, a muchas, de experiencia.

Ahora resulta que las violaciones son como virus. Están ahí, es algo natural para la cultura de la violación. Las previenes y listo. Y si las pillas, ya será que tú has tenido algo que ver que ellos ya te avisaron que no fueses por el descampado. Quizás el ejercicio que falta es de educación, como ha dicho alguna lumbrera contestando a las otras lumbreras del ministerio. O lo que hay que hacer es un ejercicio de radicalidad: los cuerpos de las mujeres, o el cuerpo-objeto de la mujer para el discurso patriarcal y, por ende, de la forma en que aprendemos a considerarlo desde pequeños, no son ni el recipiente, ni el objeto de deseo, ni el objeto de satisfacción para la genitalidad patriarcal masculina. No es algo que penetrar, ni tan siquiera con la mirada… Y un no es un no de ese cuerpo, y punto. Así que cualquier resquicio por el que intentar colar un piropo, una mirada, un comentario ofensivo, un toqueteo o cualquier otra agresión –y aquí se habla de agresión, no de correspondencia entre dos personas en una misma situación- es responsabilidad de la persona que lo está haciendo. Si se quieren dar consejos para la prevención, algunos que no se contienen se tratan con electroshock. Otras aprendemos a defendernos.

Podríamos pensar también que a nosotras y a nosotros esto nos toca de lejos, el de vernos en temas judiciales por cuestiones de agresiones sexuales. En realidad preferimos pensar que haríamos la hoguera para quemar a los agresores con su mundo de jueces y su sistema de leyes. De acuerdo, que a quien se le venga la idea de que eso le ha pasado a la chica por haber denunciado que se la quite de la cabeza, que cada una hace lo que puede en su experiencia de vida y, a falta de acompañamiento, lecciones políticas en este asunto, sobran. Pero en un ejercicio de honestidad, lo descrito arriba roza muy de cerca, cuando no es la misma narración, de casos que han pasado entre nosotros. Como se decía al principio de este texto, no se trata de hablar aquí de esto, sirva para la autocrítica, la reflexión y, quien pueda, para la transformación.

De lo que pasó aquella madruga en la feria de Málaga se pueden especular mil situaciones. Pero la situación que se ha dibujado es, una vez más, la del manual. Y hablar del manual no manifiesta que haya obviedad en el asunto, si no que es el típico caso propio del sistema de desigualdad, abuso y opresión en el que vivimos. Porque si fuese obvio y no sólo para las que algunos piensan que nos hemos iluminado y critican que nos creamos con la verdad suprema, no nos rozaría así, casi sin tocarnos, como si no fuese con nosotros. Pasa ante nosotros de la manera que lo está haciendo, de lejos, apenas mirándole de reojo, porque quizás aún no somos capaces de currarnos de forma colectiva este tema desde la radicalidad, o porque tal vez se siga sin creer, como hacen los del ministerio, que la violencia machista, en cualquiera de sus vertientes, es una cuestión política.

Debate y práctica, los que queráis plantear y seguir, emplazando también al curro de los compañeros más allá de los silencios que les invaden estos días cuando a nosotras nos sale fuego por la boca. A nosotras nos ha costado y nos cuesta ese lema de la noche es nuestra –y no tiene nada que ver con tomas de poder o posesión, sino con libertad y resistencias-, más difícil resulta de creer el no estás sola. A ver si nos ponemos todos las pilas y asumimos la responsabilidad y la solidaridad de unos y otras en la lucha contra el sistema patriarcal y capitalista o, al menos, en la pequeña gran batalla para destruir la cultura de la violación.